

Agotados, desbordados, entregados

Félix García

Catedrático de Filosofía de I. N. B.
Miembro del Instituto E. Mounier.

Si hemos de ser sinceros, no podemos decir que en estos momentos la vida política española atraviese un período brillante, ni siquiera mínimamente interesante. De alguna manera, parece como si se hubiera producido el agotamiento de una generación y careciéramos de nuevas ideas, nuevas propuestas, nuevos líderes capaces de ilusionar a la gente. Es cierto que el esfuerzo realizado durante los últimos dieciocho años, desde la muerte de Franco, ha sido notable y que ha contribuido a consolidar unos comportamientos democráticos que, aunque previsibles, no tenían tan buen porvenir cuando murió el dictador. La transición devoró a alguno de sus hijos más conspicuos, pero otros han resistido el paso del tiempo y se empeñan en seguir en la cresta de la ola, sin que para ello les importe demasiado acabar con cualquier amago de renovación interna. La quintaesencia de esta imagen de dinosaurios destructivos la ofrece Felipe González, con un partido detrás cada vez más doblegado a la capacidad taumatúrgica de su líder. Las últimas elecciones las ganó con el voto del miedo, consiguiendo de forma muy habilidosa que el personal identificara a los del Partido Popular con el franquismo.

Lo malo de este agotamiento es que ha provocado que el proceso de democratización del país

no se haya completado como es debido. De todos es sabido que no es fácil dirimir el conflicto entre una democracia representativa y otra participativa, si bien esta última es la que mejores frutos puede rendir. Ahora bien, en este país parece que se ha optado directamente por la democracia representativa, acentuada por algunos defectos graves en el sistema electoral y en el reglamento del Congreso y el Senado. Más preocupante es que este modelo se ha llevado adelante en una sociedad que ha vivido durante cincuenta años carente de cualquier tipo de cultura democrática, acostumbrada al ordeno y mando y a la pasividad como respuesta. Eso significa que la ética democrática no ha hundido sus raíces en el tejido social español. No cabe duda de que casi todo el mundo comparte los valores básicos democráticos recogidos en la Constitución, pero muchas más dudas surgen cuando uno se para a contemplar si esos valores se han convertido en prácticas de funcionamiento cotidiano en ins-

tituciones y servicios diversos. Y si la gente no lucha por implantar esos valores —lo que implica desarrollar una democracia participativa—, no podemos esperar que en un próximo futuro vayan a empapar efectivamente la sociedad española.

Si la gente no lucha por implantar los valores de la ética democrática, no podemos esperar que en un próximo futuro vayan a empapar la sociedad española

Por otra parte, difícil está la renovación de la clase política actualmente en vigor. Según algunas encuestas fiables, para los jóvenes españoles la política no goza de ninguna credibilidad y sólo un dos por ciento aproximadamente la valora positivamente. Con pocos canales para participar, empezando por su instalación en la precariedad laboral y profesional, la juventud española vive completamente lejos de la política en todas sus posibles manifestaciones. Algunos empiezan ya a hablar de una generación perdida, y no les falta razón. Aferrada al poder sigue la generación que sobrevivió al franquismo, y los nacidos después de esa fecha o unos pocos años antes no han renovado con sus ideas y su ener-

gía una clase que va camino de convertirse en gerontocracia, con Fraga y Pujol al frente.

No seríamos justos si no conociéramos que ese agotamiento de la vida política viene provocado no sólo por el esfuerzo realizado sino también por la magnitud de la tarea que tenemos delante. Están, sin duda, agotados, pero también están desbordados. Este país, y la humanidad entera, se está enfrentando a unas transformaciones realmente profundas, a unos problemas muy graves que, por su propia magnitud mundial, adquieren una complejidad que en gran parte los convierte en inmanejables. De sobra es conocido el efecto destructivo que tiene para la vida política un tema como el desempleo, que está lejos de encontrar una vía de solución. Un segundo ejemplo igualmente significativo es el papel de Europa, de España en concreto, en el conflicto de Bosnia-Herzegovina. En ninguno de estos dos casos es sencillo encontrar la manera de actuar, de ir resolviendo el problema y generando expectativas de un futuro distinto. Parece que ya sólo confiamos en el dicho español de que no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista. Lo pésimo es que en ambos casos la situación se va pudriendo poco a poco y, sobre todo, va cobrándose un considerable número de víctimas.

Incluso en los momentos más oscuros, siempre queda el rescoldo de los que no están agotados, ni desbordados, ni entregados y están dispuestos a mantener viva la llama de la libertad, la igualdad y la fraternidad

Agotadas y desbordadas, por tanto, son los dos apelativos que mejor les cuadrarían a las personas e instituciones que se dedican a cuestiones políticas. Pero también es necesario añadir un tercer apelativo si no queremos comulgar con ruedas de molino. La mayor parte de ellas están entregadas totalmente a la lógica infernal del sistema capitalista, en su variante multinacional y financiera que gobierna todo el mundo en estos momentos. En general, los políticos siempre han estado al servicio del sistema dominante, o a la espera de poder hacerse con el poder que ese mismo sistema genera. Pero en estos momentos carecemos totalmente de propuestas alternativas de izquierdas que puedan servir de mínimo contrapeso a los poderes fácticos de la sociedad española. El caso del PSOE es paradigmático. Su capacidad de ponerse al servicio de la lógica del capital y del poder no deja de sorprenderme, aunque personalmente nunca esperé mucho de ellos. Crudo lo tiene el Partido Popular, incapaz de proponer medidas alternativas, pues todas las que se le pueden ocurrir a la derecha ya las está practicando el partido en el poder, en especial desde que se alió con la derecha catalana. No se trata de que sean la voz de su amo, pero sí de que han aceptado completamente ser fieles instrumentos de las líneas directrices mar-

cadadas por los López Arriortúa del momento o por los prebostes de la Trilateral.

Con todo lo grave que eso pueda ser, es algo que siempre ha sucedido. Pero ahora es especialmente nocivo porque no habrá manera de salir de la crisis actual mientras el marco de referencia, los principios directrices que guíen la acción, sean los que imponen precisamente esos poderes que nos han sumido a todos en una crisis de enormes proporciones. Las palabras mágicas son competitividad, productividad, extracción de beneficios, incremento del consumo, pero con eso no se va más que a la acentuación de las desigualdades, a la consunción de la participación social y política, a la exclusión y al deterioro de la vida política. Ya pueden circular los capitales y las mercancías sin limitaciones por la Comunidad Europea, pero no las personas, a no ser que estén muertas y alguno de sus órganos vitales pueda ser útil para un paciente. Ya se ha firmado el GATT, aunque eso vaya a suponer el hundimiento en la miseria de muchos países pobres y de algunas zonas en los países ricos.

Sin embargo, agotados, desbordados y entregados, nuestros queridos líderes, nuestras instituciones y nosotros mismos parecemos incapaces de revitalizar la vida política y encontrar nuevos caminos. Afortunadamente, incluso en los momentos más oscuros de la noche oscura, siempre queda el rescoldo de los que no están ni agotados ni desbordados ni entregados y están dispuestos a mantener viva la llama de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Y si un resto aún menor le hubiera bastado a Dios para salvar a Sodoma y Gomorra, no vamos a mostrarnos nosotros mucho más exigentes. **A**